

YOLANDA FIDALGO

Más allá de los volcanes

IV PREMIO MARTA DE MONT MARÇAL

Más allá de los volcanes

Yolanda Fidalgo

Rocaeditorial

Para los cuatro.
A partir de este mismo instante, todo es futuro,
y el futuro siempre está por escribir.

Contenido

Portadilla

Dedicatoria

Prefacio

1. Esos malditos días

2. Lo cotidiano

3. Despedidas

4. Lo inesperado

5. El infierno sobre las suaves colinas del Mosa

6. Las heridas

7. ¿Dónde se ha quedado la vida?

8. Lo que nos ponen delante

9. A veces, hay que decidir

10. Pensando Terre Sauve

11. Esas islas de leyenda

12. ¿Qué vamos buscando?

13. La Cloche

14. Las lavas que subyugan

15. El Terroir

16. Ojos del color del basalto

17. La creta nos cuenta lo que no queremos

18. El corazón de la isla

19. Esa tierra blanca y medieval

20. Uvas de volcán

21. La esperanza que nace

22. Claire Sauveterre

23. La calma

24. Lo que llega con el mar

25. Ellas
 26. El regreso
 27. Su piel de jable
 28. Las cartas de Gara
 29. Ese pequeño regalo
 30. El pasado que regresa, que vive entre nosotros
 31. ¿Y si perdemos lo poco que hay?
 32. La isla de los caracoles
 33. Siguiendo el camino de los caracoles
 34. Algo pendiente
 35. Ojos de ámbar
 36. Eve
 37. El Puerto siempre mira al mar
 38. El mar, que une y acaricia
 39. Poco a poco, todo se coloca
 40. La extraña noche
 41. Sonríe, si el cielo llora
- Agradecimientos
Créditos

Prefacio

Lanzarote, 1897

Partía el barco, enfilaba su proa puntiaguda hacia el norte y le robaba todo lo bueno de su vida.

No volvería a verlos, no en mucho tiempo.

Se quedaría sola, amarrada a los basaltos y al jable, al cielo y al mar.

Sin ellos.

Sola con su desgracia.

1

Esos malditos días

París, invierno de 1922

Los rescoldos en la chimenea mantenían cálido el salón de la casa a pesar de que hacía rato que la noche había caído sobre París.

Éric clavaba los dedos en los brazos del sofá y cerraba los ojos, deslumbrado por la lámpara de luz eléctrica que Jean había traído de su consulta, situada en la planta baja. Uno, dos, tres, cuatro puntos de sutura le hicieron falta a Jean para coser el corte sobre la ceja que le habían obsequiado aquella maldita noche. Tampoco dolía tanto. Había cosas que dolían más.

—Déjalo ya —comentó Jean en voz baja para no despertar a su mujer, que seguía dormida en la habitación del matrimonio—. Ya está bien de machacarte. No vuelvas a boxear, es peligroso. Hoy ha tocado esto, mañana puede que sea peor.

Éric no respondió. Necesitaba boxear. Solo de vez en cuando, en esos días en que el dolor arreciaba. Entonces, se dirigía al local de McFlinn, en el barrio latino, y golpeaba. Y a veces también le golpeaban. Era la única manera de sobrevivir. De sacar fuera el dolor que llevaba dentro, de lograr un equilibrio.

Al acabar, Jean cubrió la herida con una solución antiséptica.

—Vamos, hombre. Hay que dejar de pensar en aquello. Yo también estuve allí, pero intento seguir adelante. Es lo único que podemos hacer.

Éric tomó el vaso de whisky que le había ofrecido su amigo, se levantó y fue hacia una de las ventanas del salón. Apoyó su frente sobre el frío vidrio y cerró los ojos, intentando que los recuerdos no le asfixiaran de nuevo.

—Ojalá se quedara solo en mis sueños, Jean —murmuró mirando afuera, a alguna parte de la iluminada París—. Quizás entonces podría soportarlo. Pero la guerra está en mí. Todos esos cadáveres siguen ahí. Toda esa sangre. Las ratas, las moscas.

Jean apoyó la mano en el hombro de su amigo.

—Lo sé. Lo siento, Éric, pero debes aprender a vivir con ello, como yo y tantos otros. Quiero que trabajes conmigo. Vuelve a ser lo que eres, uno de los mejores médicos que he conocido.

—No puedo, y lo sabes. Ni siquiera puedo entrar en tu consulta sin sentir náuseas, me tienes que coser aquí, en el salón de tu casa.

—Joder, Éric. Si no lo intentas, está claro que...

—Ya hemos mantenido esta conversación demasiadas veces. Te lo agradezco, Jean, pero me voy —dijo, apurando el vaso y dejándolo sobre la mesa. Médico. Ojalá pudiera.

—¿Dónde vas? Estás molido. Quédate a pasar la noche.

—Adiós, Jean. Gracias.

Éric se envolvió como pudo en su abrigo de paño marrón, caminó despacio hacia la puerta y bajó los pocos escalones que le separaban de la primera noche de febrero. La ciudad renacía poco a poco, quería olvidar la guerra, se sacudía el polvo del pasado. Él no. Él no conseguía olvidar. Aspiró hondo la humedad de la lluvia que caía sobre París; habría sido agradable si las costillas no le dolieran cada vez que lo hacía.

La había fastidiado bien. No solía pelear si bebía, pero ese día había sido uno de los peores. Un día de fantasmas de ratas y de soldados sin piernas durante cada jodido minuto. Maldito Verdún. Podría haber aceptado el ofrecimiento de Jean y haber pasado la noche en su casa, pero estaba mejor solo. Cuando estaba solo no tenía en quién mirarse, nadie le mostraba su desastroso estado. Quizá se deslizará poco a poco hacia el suelo para quedarse allí, quieto, y con suerte convertirse en una más de las estatuas que vigilaban las calles de París.

Pero eso era imposible. Los soldados sin piernas nunca lo dejaban en paz. Así que siguió caminando bajo esa niebla que parecía hielo. Un gato gris encontró refugio en el umbral oscuro de una *boucherie*¹ y comenzó a lamer algunos restos de carne pegados al suelo. Luego fijó sus ojos amarillos y asustados en Éric y lo miró como a un extraño, como si no perteneciera a la noche.

Daba igual el frío, París no dormía. Después del atardecer estaba más viva que nunca, sentía más, porque perdía la cordura y se mostraba tal cual era, iluminada y ruidosa. Las calles se llenaban de automóviles que querían fiesta, de gente con botellas en la mano que se desplazaba de garito en garito tras la música de *jazz*, para bailar como si el mundo se pudiera acabar en cualquier momento. Nadie creía ya en la permanencia de las cosas, la guerra había roto esa ilusión.

—Hola, encanto. ¿Quieres venir conmigo un rato?

Éric se sobresaltó. No la había visto, escondida entre las sombras de aquel edificio ruinoso. Era muy joven, aún estaría lejos de los veinte. Llevaba el pelo corto, a lo *garçon*, pero parecía que se lo había cortado ella misma en un arrebato de furia. Y en su cara reflejaba un cansancio que se parecía al suyo. Quizás ambos tenían algo en común. Quizá los dos habían visto demasiado.

—Hoy no estoy para eso —respondió continuando su camino.

—Anda, ánimo. Hace mucho frío, y yo podría darte calor —la chica lo sujetó del brazo.

Éric se volvió hacia ella para decirle que no. Pero la vio. Maldita sea. Solo era una cría, no podía dejarla en ese estado.

—¿Cómo te llamas?

—Pauline.

—Pauline. No quiero que te asustes. Esos granitos que veo en tu cara... No llores, por favor. Mira, en aquella calle, en el número veintidós, tiene la consulta un médico amigo mío, se llama Jean Reynaud. Quiero que vayas mañana, él te dará lo que necesitas. Dile que vas de parte de Éric Aubriot, ¿de acuerdo? ¿Me harás caso?

Pauline asintió mientras se secaba las lágrimas con la manga ajada de su abrigo.

—Esto es para que no trabajes esta noche —Éric depositó varios francos en su mano— y ahora vete a casa. Todo mejorará.

—No, por favor. No me dejes sola tan pronto. Los hombres solo me usan y se van. Tú eres diferente, me has mirado distinto, como si fuera alguien.

Pauline extendió su mano para rozar con miedo los botones del abrigo de Éric. Parecía solo una niña que se había perdido en la noche por algún oscuro motivo.

—Por favor —volvió a suplicar—. Paseemos un poco. No te pediré nada más.

—Pauline... esta no es una buena noche para mí.

—¿Por qué? Si hoy apenas moja la lluvia.

Éric movió la cabeza. La lluvia. A él no le importaba la lluvia, le importaba toda esa mierda que tenía en la cabeza y que no se iría por mucho que quisiera Jean. Pero joder, era solo una niña.

—Si paseo contigo, ¿mañana irás a ver a Jean?

—¿Me atenderá? No tengo con qué pagarle.

—Te atenderá.

—Entonces iré.

Comenzaron a caminar por la Rue d'Assas, bajo las ramas húmedas de los sicomoros que bordeaban el jardín de Luxemburgo, cerrado a esas horas.

—Hacía mucho tiempo que no paseaba, así, sin un destino, acompañado por una mujer —murmuró Éric, evitando pisar uno de los charcos del pavimento.

Pauline lo observó con curiosidad. Era alto, bajo el sombrero le asomaba el cabello de color oscuro, parecía unos cuantos años mayor que ella. Su rostro, a pesar de estar un tanto magullado y con aquella herida en la ceja, era muy atractivo, pero no podía ocultar la tristeza.

—Cualquier mujer estaría encantada de pasear contigo. Eres muy guapo.

Él casi sonrió. Pero ya no sabía hacerlo. Se le había olvidado.

—Hubo un tiempo en el que así era. Pero ya no.

En aquel tiempo estaba ella, Claire. Pero ahora se le antojaba tan lejana, que se desfiguraba como la niebla. Pauline se la recordaba un poco, con ese cabello rojo. Aún podía sentir el calor de sus pequeñas manos sobre la piel de su brazo y sus ojos del color del agua. A pesar de que a veces dudaba de que hubiera sido verdad. Porque él nunca regresó de la guerra. El que volvió ya no era él. No fue capaz de amarla de nuevo. Y ella no quiso volver a mirarlo, porque ya no podía reconocerse en esos ojos de extraño.

—¿Te dolió?

—¿Qué? —dijo, girándose hacia la pequeña Pauline, hacia las manchas marrones de su cara. Sífilis, Pauline, sífilis.

—La guerra.

Las manos de Éric comenzaron a temblar y su respiración se aceleró. Otra vez. Llevaba así todo el maldito día. Cruzó los brazos sobre el pecho, apoyó su dolorida espalda en el tronco de uno de aquellos árboles y cerró los ojos. Habían vuelto, siempre regresaban. El hospital. El peso de la sierra de amputar en sus manos. Aún no había compren-

dido cómo algo tan ligero podía pesar tanto. El olor metálico de la sangre, las moscas. Miles de moscas. Las ratas. Los muertos.

—Vuelve, Éric.

Apenas notó la caricia breve de la mano de Pauline en su cara. Ambos permanecieron bajo aquel árbol mientras una lluvia fina comenzaba de nuevo a caer sobre la noche de París, con suavidad, como si quisiera lavar todo y llevarse con ella cada miseria hacia el olvido del agua.

—Vuelve. Has abierto los ojos, pero no me ves. Éric.

Éric seguía lejos. En aquel hospital de Baleycourt, cerca de Verdún, entre las hileras de hombres casi muertos, caminando hacia el quirófano. Viviendo una y otra vez la misma escena. Todos aquellos chicos muriendo en sus brazos, y él no podía hacer nada por evitarlo, solo luchar día tras día tras día, sin descansar apenas, intentando arrebatarse a algunos a la maldita muerte. Algunas veces ganaba; muchas otras, perdía.

Pero todos esos soldados muertos nunca se iban. Se habían quedado con él, lo seguían a donde quiera que fuera, y no podía olvidar, no podía seguir adelante como Jean.

Había días que conseguía vivir sin sentir nada. Esos eran los mejores. Y había otros en los que no se libraba de esos fantasmas ni un solo momento. Nada los deshacía, ni el whisky, ni el boxeo, ni la maldita noche de París. Y él no sabía cómo seguir adelante.

—Vamos. Es muy tarde. Te acompañaré, descansa y mañana visita a Jean —dijo, aclarándose la voz y comenzando a caminar.

Un grupo de americanos pasó a su lado, ellas envueltas en sus abrigos largos con estolas de pieles, dejando un halo de risas y aroma a riqueza. París y sus contrastes.

Pasearon despacio, en silencio bajo la helada, hasta que regresaron frente al edificio.

—Adiós, Monsieur Aubriot. Se lo agradezco.

—Jean te tratará bien. No dejes de ir.

La vio desaparecer entre las sombras de aquel oscuro portal, y rogó que le hiciera caso. Esas pequeñas llagas marrones... Sífilis. Era tan injusto... Una chica tan joven, joder, ¿qué hacía en la calle?

Éric abrió la puerta de su apartamento, en la segunda planta de una casa de vecinos. Era un piso modesto, de dos habitaciones. En una de ellas la cocina compartía espacio con una rústica mesa de madera y cuatro sillas que casi nunca utilizaba. En la otra estaba su cama y, junto a ella, la cómoda y un pequeño armario que contenía la poca ropa que necesitaba, y libros. Solo los libros le hacían olvidar durante breves ratos. Se quitó con cuidado el abrigo mojado, encendió los *boulets*² de la chimenea y lavó sus manos en el agua helada de una palangana de cerámica que ocupaba la esquina tras la puerta. Pero no podía acostarse, no así, porque esa noche las caras de esos *poilus*³ sin piernas se negaban a desaparecer, y era imposible compartir la cama con ellos. Se acostarían a su lado y lo mirarían con esos ojos vacíos hasta que no aguantara más, y tendría que levantarse de nuevo para intentar quitarse el sudor frío y el olor a muerte, y vomitar en el orinal. Así que sacó una botella de whisky y dos vasos de cristal del armario de la cocina, uno para él y otro para los *poilus*. Y todos bebieron juntos, hasta que París se vio envuelta en un hermoso amanecer amarillo.

1 Carnicería

2 Bolas de polvo de carbón prensado.

3 Soldados del ejército francés en la primera guerra mundial. Solían llamarse así, peludos, porque al pasar los días lucían bigote y barba por la imposibilidad de afeitarse.

2

Lo cotidiano

París, invierno de 1922

—Vamos, despierta, Éric. Es hora de comer. No me puedo creer que sigas acostado. O sí, viendo lo que queda de whisky en la botella.

Jean descorrió las cortinas y se sentó en el borde de la cama. Éric no tenía buen aspecto. Había dormido vestido y la inflamación de la parte derecha de su cara y del corte de la ceja no habían disminuido nada.

—No sé cómo vas a ir a trabajar hoy al café con esas pintas. Si sigues así, te van a echar. Y tendrás que volver a casa de tu padre que, por otra parte, estará encantado.

—No, no, deja las cortinas, entra demasiada luz. Jean, está visto que no puedes dejarme en paz.

—Ayer me quedé preocupado. Voy a hacer café, cámbiate de ropa.

Éric intentó recordar qué había sucedido el día anterior. Ah, sí. Un mal día. De los peores. Ni siquiera el boxeo lo pudo arreglar. Casi nunca boxeaba, iba al local de McFlinn solo a ejercitar los músculos, pero en esos días malos en que todo dolía por dentro, también luchaba. Porque eso a veces deshacía los fantasmas.

Había otra cosa. Una pequeña pelirroja con lesiones cutáneas de sífilis. Éric se levantó con dificultad de la cama. La cabeza le pesaba tanto que amenazaba con aplastar al

resto de su cuerpo. Se lavó con el agua helada de la palan-gana, se puso ropa limpia y salió hacia la otra habitación de la casa, donde lo esperaba Jean con una taza de café y un par de analgésicos.

—Jean, ¿te ha visitado una chica, Pauline? Me la en-contré ayer al salir de tu casa.

—Bueno, ahora tienes mejor aspecto. Sí, ha venido a verme.

—Joder, menos mal —Éric tomó asiento frente a él y co-menzó a remover el café.

—Tiene sífilis, está desnutrida y es puta.

—Mierda, Jean, no seas tan gráfico. Solo es una cría. Y habla bajo, me duele la cabeza.

—Le daré Salvarsán, no te preocupes. Es un poco fuer-te, lo sé, pero de todas formas es mejor que los vapores de mercurio o que nada. Y una buena comida cada día mien-tras dure el tratamiento, si ella quiere seguirlo, que más le vale. A ver si tiene suerte. Y otra cosa te digo: me gustaría que no volvieras a boxear.

—Ya. Bueno, no siempre acabo tan mal. Además, tam-poco tengo tantas noches libres. En el Dôme me suelen mantener entretenido hasta tarde.

—Éric, ya. Basta de martirizarte.

Éric apuró la taza de café y miró los ojos azules y preo-cupados de su amigo. Observó su piel clara, el pelo rubio. Tan diferentes por dentro y por fuera, y sin embargo eran amigos desde que su padre, Fabien, lo trajo a París, cuan-do apenas tenían siete años. Aquel desconocido que decía ser su padre apareció un día en la casa de paredes blancas que miraba al Atlántico, lo tomó de la mano y se lo llevó con él. Su madre se quedó en aquellas islas, las Canarias. Y su padre nunca volvió a hablarle de ella. Por más que pre-guntara, él nunca decía nada. A sus treinta y dos años, to-davía no sabía quién era. Se había planteado regresar, para encontrarse a sí mismo y encontrarla a ella entre los oscuros